

FELIPE V

Un reinado en guerra

RUBÉN SÁEZ ABAD

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	II
LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA (1702 - 1715)	15
Carlos II. El testamento que provocó la guerra	15
Italia, el primer escenario de la guerra	24
La guerra llega a la península.	30
Primeras razias costeras de los aliados	
El Archiduque Carlos de Austria arriba a Lisboa:	49
comienza la guerra terrestre	
Felipe V contraataca	90
Cambia el signo de la guerra. Los aliados recuperan la iniciativa	130
Felipe V, de la nada al todo	139
Últimos combates antes de la paz: el Tratado de Utrecht (1713)	151
Cataluña sola en la guerra. Barcelona asediada	155
(25 de julio de 1713-11 de septiembre de 1714)	
El Tratado de Rastatt (6 de marzo de 1714) y la reconquista	169
de Mallorca (1715). Últimos episodios de la guerra	
La guerra en los dominios extrapeninsulares	170
Balance de la guerra	204
LA GUERRA DE LA CUÁDRUPLE ALIANZA (1717 - 1720)	207
El Tratado de Utrecht, demasiadas cuestiones no resueltas	207
La campaña de Cerdeña (1717)	210
Sicilia, el nuevo objetivo de Felipe V (1718-1720)	250
Escocia, el otro gran frente abierto por Felipe V (1719)	275
La venganza de Inglaterra. Campaña en el norte de la península (1719)	281
Tú también Francia: la campaña gala en la frontera pirenaica (1719-1720)	298
La guerra en territorio americano (1719-1720)	307
La Paz de Cambrai pone fin a la guerra (1722-1724)	314
GUERRA CONTRA INGLATERRA (1727 - 1729)	317
El Tratado de Viena: un nuevo argumento para la guerra	317
El sitio de Gibraltar (22 de febrero-23 de junio)	320
Una paz necesaria	329
Balance del asedio: las claves de su fracaso	331

EL NORTE DE ÁFRICA, OTRO FRENTE DE COMBATE 335

El sitio de Ceuta (1694-1727) 335

La reconquista de Orán y Mazalquivir (1732) 340

LA GUERRA DEL PRIMER PACTO DE FAMILIA (1733 - 1735) 349

Italia, de nuevo en el punto de mira de Felipe V 349

La Guerra de Sucesión Polaca, una nueva crisis continental 352

La campaña de Nápoles (1734) 359

Operaciones del ejército franco-piamontés en Lombardía 374

A la conquista de Sicilia (1734-1735) 378

Últimos combates en el norte de Italia 382

El fin de las hostilidades: la Paz de Viena (1735-1739) 385

LA GUERRA DEL ASIENTO O DE LA OREJA DE JENKINS (1739 - 1748) 389

De nuevo el tratado de Utrecht como *casus belli* 389

Las armadas de los contendientes en vísperas de la guerra 395

Los planes ingleses para América: cómo conquistar todo un continente 402

Comienzo de la guerra 407

La batalla por Cartagena de Indias (13 de marzo-20 de mayo de 1741) 429

Últimos episodios de la guerra 450

En el otro extremo del mundo: el comodoro Anson en el Pacífico (1740-1744) 464

Balance de la guerra 473

LA GUERRA DEL SEGUNDO PACTO DE FAMILIA (1741 - 1748) 479

La herencia del Emperador Carlos VI como *casus belli* 479

La Primera Guerra de Silesia, el germen del conflicto (1740-1742) 487

Francia y España entran en la guerra: la campaña del año 1742 490

La campaña del año 1743, nueva ofensiva borbónica 496

1744, una campaña de alternativas 516

La campaña de 1745: por fin llegan los éxitos 541

La campaña del año 1746: del cielo a los infiernos 552

El epílogo de la guerra: las campañas de los años 1747 y 1748 565

El Tratado de Aquisgrán: el fin de la guerra 575

Balance del conflicto 577

BALANCE DE UN REINADO 579

CRONOLOGÍA 583

BIBLIOGRAFÍA 599

El reinado de Felipe V resulta sumamente interesante para la Historia de la España Moderna, influyendo notablemente en el devenir de las centurias posteriores, tanto en la propia España como también a nivel continental. Primer monarca de la Casa de Borbón que asumía la Corona Española, con su ascensión al trono se ponía fin a la presencia de la Casa de Austria, que había regido durante casi dos siglos los destinos de la principal potencia continental. Pero, ¿cuál era el panorama con el que el recién llegado se encontró?

El siglo XVII había sido en líneas generales un siglo de profunda crisis a nivel europeo, que se había manifestado a diferentes niveles. En primer lugar, afectó al plano económico, haciéndose sentir especialmente en España, al carecer de los mecanismos de corrección que existían en otros países vecinos. Ya durante la primera mitad de la centuria se hizo patente también el surgimiento de algunos acusados problemas de índole demográfica, cuya consecuencia más inmediata fue una importante merma de la población que habitaba el territorio peninsular. El número de habitantes del país pasó de los más de ocho millones que lo poblaban en 1600 hasta los menos de seis millones de 1700. Esta significativa reducción suponía la pérdida de más de una cuarta parte de la población en menos de un siglo, un quebranto del que difícilmente se podría recuperar el país.

Entre las causas de esta acusada reducción encontramos, en primer lugar, la emigración de importantes contingentes poblacionales hacia el Nuevo Mundo. Aquellos que marcharon a América, precisamente, eran además los elementos más jóvenes y dinámicos de la pirámide poblacional. A ello se sumó la expulsión de los moriscos, medida que afectó a un número próximo a los 275.000. De ellos, más de 100.000 moraban en el Reino de Valencia, lo que provocó un notable vacío poblacional en esta región. Durante esta convulsa centuria también reaparecieron las epidemias, resultando especialmente virulenta la peste

de 1630, que se extendió, precisamente, en el momento de mayor carestía y penuria de todo el siglo. Esta última enfermedad acabó con la vida de cerca de medio millón de personas, sumándose al resto de factores anteriores.

La acusada despoblación terminó por convertirse en un factor más de incidencia en la crisis económica, contribuyendo a multiplicar sus consecuencias. La crisis fue en primer lugar de carácter agrícola, al dejar de cultivarse buena parte de los campos que estaban en explotación durante el periodo anterior, para pasar a ser empleados como pastos. En algunos momentos incluso llegó a haber desabastecimiento, siendo necesaria la importación de trigo para cubrir las necesidades del país. La expulsión de los moriscos también sería otro factor determinante. Dedicados en gran medida al cultivo de las huertas levantinas, su marcha llevó a que buena parte del territorio agrícola fuera abandonado, al carecerse de mano de obra suficiente para su explotación. Se había conseguido la unidad religiosa de España, pero a costa de sumir en una profunda crisis económica a las regiones donde la población morisca resultaba más numerosa.

A la crisis agrícola no tardó en sumársele la de los productos manufacturados, especialmente la de la lana. Su exportación empezó a resultar cada vez más difícil, crisis que arrastró con ella a buena parte de la industria. Por si fuera poco, la competencia internacional en los mercados se vio incrementada. Especialmente acusada resultaba la francesa en el ámbito comercial del Mediterráneo, así como la inglesa y holandesa en el Atlántico. La situación en el Nuevo Mundo también estaba evolucionando rápidamente y los territorios americanos cada vez tenían una mayor capacidad de autoabastecimiento. Eso coincidió también con el agotamiento de buena parte de las minas existentes allí y la reducción en la cantidad extraída del resto, lo que provocó que dejaran de afluir a la Península los caudales en las cantidades en las que lo habían hecho hasta ese momento. Al "ciclo de la plata" le siguió el "ciclo del bronce", lo que redujo drásticamente los recursos disponibles para las arcas reales.

La Hacienda pública pronto empezó a resultar deficitaria, llegando prácticamente en algunos momentos a alcanzar un estado de plena bancarrota, al que le resultaría imposible sobreponerse. El déficit del Estado alcanzó cotas preocupantes, al gastarse mucho más de lo que se ingresaba en sus arcas, de modo que su endeudamiento no dejaba de crecer. La primera medida destinada a hacer frente a esta galopante crisis económica fue la devaluación de la moneda, cuyo episodio más destacado sería la deflación de la moneda de vellón en 1680. Esta impopular medida contribuyó a acentuar el descenso de la actividad comercial.

Buena parte de la culpa de la caótica situación de crisis que venía arrasando España durante el siglo XVII estaba provocada por la incapacidad de los diferentes gobernantes que se sucedieron en el poder. Durante el reinado de los últimos monarcas de la Casa de Austria, si algo había quedado en evidencia, era el agotamiento político de la línea dinástica. Las riendas del gobier-

no habían sido dejadas en manos de validos, muchos de ellos con limitadas capacidades para desempeñar tareas de gestión de esa envergadura y otros con muy pocos escrúpulos y que buscaban únicamente su beneficio personal.

Así pues, éste es el panorama con el que España iniciaba el siglo XVIII, arrastrando un fuerte lastre de la centuria pasada. La política exterior durante este último siglo había seguido unos derroteros bastante erráticos. Todavía seguían pesando demasiado los extensos dominios imperiales que se poseían y su carácter excesivamente heterogéneo. De cara a su sostenimiento resultaba necesario el empleo de importantes medios económicos, materiales y humanos, precisamente justo en el momento que más se adolecía de ellos.

El ejército y la marina tampoco se sustraían a la situación por la que estaba atravesando el país, teniendo enormes dificultades para hacer frente a lo que estaba por llegar. Se carecía de los recursos económicos necesarios para garantizar la defensa de un Imperio de la talla del español, decadente, pero que todavía conservaba íntegros buena parte de los dominios que había poseído en su momento de máximo esplendor. Por lo tanto, la herencia que dejaría Carlos II a su sucesor, aunque considerable, resultaba también sumamente endeble.

Éste es el panorama con el que se encontró Felipe V cuando llegó a la Península para tomar posesión del trono. Pronto se haría necesario imprimir importantes reformas a todos los niveles, y ya desde el comienzo mismo de su reinado, para tratar de poner remedio a los males más inmediatos que aquejaban al país. De ahí que estemos ante uno de los reinados más reformistas de toda la Edad Moderna y que conseguiría devolverle parte de su brillo a un Imperio que se presentaba frente a las potencias circundantes como un gigante con los pies de barro. Unas veces recurriendo a la diplomacia, y en la mayor parte de los casos a la guerra, el primer monarca español de la Casa de Borbón sabría dar ese impulso que necesitaba España para volver a la senda de la que jamás debería haberse apartado.